

*Tenochtitlan, 1519*

El guerrero tlaxcalteca se defendía con rabia. Era consciente de que sólo le quedaban unos instantes de vida, pero no estaba dispuesto a morir como un cobarde y se esforzó por aniquilar, uno a uno, a los oponentes aztecas que, bajo sus trazas de jaguar, subían a aquella rueda giratoria.

Con la pierna derecha atada al eje de la plataforma, sus movimientos se veían limitados ante la furia de sus oponentes, entrenados para darle muerte en el sacrificio ritual. Xalaquia observaba la escena desde lejos, oculta en la muchedumbre que gritaba enardecida con cada nuevo golpe. Sin embargo, la arrogancia de los atacantes encontró un duro escollo en el orgullo de quien estaba destinado a ser su víctima y los tres primeros contendientes recibieron cortes de tal profundidad que cayeron, sin vida, sobre la plataforma.

—¡Tlahuicole ha vuelto del infierno! —gritó uno de los sacerdotes—. El dios del inframundo lo ha devuelto a nosotros.

Xalaquia recordó a aquel hombre, casi un gigante, llamado Tlahuicole y a quien Moctezuma había obligado a combatir al frente de sus tropas. Tras obtener la victoria para el bando azteca, el guerrero había pedido ser sacrificado en esa misma rueda antes que tener que asumir el deshonor de volver a su pueblo como general del ejército enemigo. Se dispuso a recibir la muerte, no sin matar antes a ocho contrincantes y herir de gravedad a otros veinte. Ahora, al ser testigos del cielo con el que el indómito joven defendía su vida, la multitud allí congregada no podía dejar de pensar en la muerte del prodigioso Tlahuicole.

Cuando estaba a punto de subir el cuarto guerrero, un sacerdote detuvo la ceremonia. El oficiante se dirigió a todos los allí congregados y les comunicó el deseo que había manifestado el mismísimo emperador Moctezuma el Joven de conceder su gracia al valiente soldado de Tlaxcala a cambio de que éste, como Tlahuicole en su día, se sumara a las tropas de Tenochtitlan y combatiese al frente de ellas.

Xalaquia sintió cómo su corazón se aceleraba y concentró toda su energía en desear una única respuesta por parte de aquel joven que acababa de ganarse el derecho a decidir sobre su propia vida. Invocó la protección de Coatlicue, la diosa de la falda de serpientes, y repitió para sí un conjuro que, según había aprendido, tenía el poder de forzar voluntades.

La magia de sus palabras, sin embargo, no pareció tener efecto alguno en el ánimo de aquel soberbio joven. El sacerdote tampoco podía creer que prefiriese morir a manos de sus enemigos antes que conservar la vida uniéndose

a ellos. ¿Tan cara vendía su lealtad el pueblo tlaxcalteca? Xalaquia cambió las súplicas por amenazas y advirtió a Coatlicue que renegaría de su culto si no impedía que el joven muriese.

En ese instante, justo cuando la joven repetía por tercera vez los versos finales de su conjuro náhuatl, la tierra se oscureció y los cielos se abrieron con furia en una terrible tormenta. Los rayos, que caían con ira sobre la tierra, incendiaron la plataforma y provocaron la dispersión de los allí congregados mientras los sacerdotes intentaban mantener la calma y encontrar el modo de acabar de una vez con aquella ceremonia. Cuando cesó la lluvia y el agua arrastró consigo los últimos rescoldos del fuego, no había rastro alguno del guerrero tlaxcalteca: tan sólo quedaba, medio carcomida por las llamas, la sogá que lo ataba a la piedra, arrancada de cuajo como si la hubiera mordido una bestia salvaje.

Xalaquia regresó con su familia y prometió a Coatlicue toda suerte de dones y ofrendas en cuanto la lluvia cesase. Esa noche presintió cómo se adentraba en el interior de la selva un majestuoso jaguar... Si sus sueños no la engañaban, y rara vez lo hacían, sus caminos estaban destinados a volver a encontrarse.

Todo ha ido muy bien hasta que me has soltado la excusa habitual.

La misma que he oído en otras voces —en otras miradas— estos últimos dos años. Que si ha estado bien, que si ya nos veremos por ahí, que si ahora sólo buscas divertirme... Y no sé bien qué es lo que busco yo, ni por qué he acabado enrollándome contigo al final de una fiesta en la que todo —salvo tú— me ha parecido vulgar y aburrido, pero preferiría que no hubieses dicho nada. Que no hubieses dado por hechos mis sentimientos. Ni mis expectativas.

No tengo mucho de eso. Expectativas, quiero decir. En parte porque no sé si es muy práctico acumular deseos que quizá nunca vayan a cumplirse, y en parte porque a veces creo que lo que de verdad me da miedo es que se cumplan. No sé si entiendes eso, ni siquiera sé si debería habértelo contado, pero sí recuerdo que justo antes de que empezáramos a besarnos intenté decirte algo así.

—Eres un poco rara, ¿no? —me respondiste.

—¿Eso es malo?

Tu mano ya rozaba mi cintura. Tus ojos, desde tan cerca, parecían más azules aún.

—No, nada... Me gusta.

—¿Te gusta que sea rara? ¿O que sea tan sólo “un poco rara”? Por cierto, ni siquiera sé si me has dicho tu nombre.

—Raúl.

No dices nada más y vuelves a besarme. No eres demasiado hábil, pero admito que le pones la suficiente energía como para que no me aburra. Para que, sin decírtelo, siga teniendo ganas de más.

—Sabes bien... —me dices.

Y soy un poco rara. No sé si con esas dos cualidades —saber bien, ser rara— me espera un gran futuro sentimental. Saber bien suma puntos, imagino. Pero ser rara, no. Y no es que me esfuerce en parecerlo, pero tampoco me sale espontánea esa supuesta normalidad con la que los demás parecen sentirse tan cómodos. Tan identificados.

—Tenemos que irnos, Abril.

A veces, cuando me miran con la intensidad con la que me miras tú, se me olvida que, además de dieciséis años, también tengo un millón de normas que cumplir. Porque la madurez —seas rara o no— no sirve de gran cosa cuando discutes con tu madre sobre la hora de llegada. Sobre todo si tu madre está obsesionada contigo desde que se ha divorciado y ha decidido que la protección —entendida en su expresión superlativa— es la mejor medida para evitar problemas. Y, en especial, para no tener que pensar en su propia vida.

—No te pillo.

Apuras la copa y te quito el vaso sin preguntar. No sé qué es, pero sabe amargo. Sonríes y me dices que lo de hoy “no hay que tomarlo en serio”, que sólo ha sido “una noche guay”. ¿No te lo he contado? Odio a la gente que dice que algo es “guay”, así que ahora me doy cuenta de que no tiene sentido que yo comparta mucho más contigo... No. Mejor me voy.

—¿Tan pronto?

Qué remedio. Marina trae los abrigo y me empuja sin ningún tipo de delicadeza hacia la puerta. Ni siquiera le damos las gracias a Nico por la fiesta en su casa y salimos corriendo para tomar el último metro. Tampoco le hemos visto mucho. Se ha pasado la tarde con Hugo, aunque tengo la impresión de que siguen en el mismo lugar en el que se encontraban... En punto muerto.

—Y tú, Abril, ¿qué tal con ése?

Marina no ha tenido suerte —hace tiempo que no la tiene, en realidad— y, para que no pase un mal rato, le hago un relato completamente frío de lo que sí me ha pasado a mí. Le cuento que no ha sido nada del otro mundo. Que casi no hemos hablado. Que sólo me he enrollado contigo porque no tenía nada mejor que hacer. Marina sonrío, no sé si porque me cree o porque agradece que no magnifique lo que ella, ahora mismo, echa en falta.

—Sabes, creo que mi cutresuperpoder está fallando un poco.

No puede ser. Marina es, hasta la fecha, la única de los tres que no se ha encontrado con su verdadera némesis. Los demás, sí. Nico y yo sí que tenemos claro cuál es

nuestro cutresuperpoder y cuál es la kriptonita que lo anula. No sé si todo esto de viajar en el tiempo ya nos venía de serie o si ha sido una mutación a lo X-Men, pero eso es lo de menos. Lo único que importa es que hemos aprendido a controlarlo y a sacarle el máximo partido. El cutresuperpoder de Marina consiste, así lo llama ella, en viajar al pasado. Es capaz de convertir cualquier experiencia negativa en algo positivo. Le basta con un segundo para reorganizar una situación y transformarla, a su antojo, en un recuerdo favorable.

—Pues ya ves, Abril. Hoy no consigo que funcione.

Le digo que no se preocupe, que eso nos pasa a todos los mutantes, pero en realidad sí que me preocupa que sea incapaz de alterar un recuerdo tan sencillo como el de una vulgar fiesta.

—Estoy cansada. Nada más.

Prefiero no presionarla y finjo que me convence su respuesta. Le describo alguna ocasión en la que el mío también ha fallado. Ella me confiesa que le gusta más mi cutresuperpoder que el suyo. Le respondo que cada cual tiene sus propias ventajas e inconvenientes y Marina asiente. En mi caso, claro que a veces resulta muy útil poder viajar hacia otra realidad paralela que me permita anular cuanto sucede a mi alrededor. Y lo mejor es que quien está junto a mí no lo nota, porque da la impresión de que sigo atenta a sus palabras. Hasta la fecha, siempre he sido capaz de continuar una conversación en la que no estaba presente, porque mi particular don actúa con rapidez, como una segunda piel que ofrece la respuesta más adecuada mientras yo sigo lejos —mucho,

muy lejos— en otro lugar y entre otros pensamientos. Otras imágenes, escenas que no sé bien de dónde vienen, pero que anulan cuanto sucede a mi alrededor. Si Marina es capaz de viajar al pasado y cambiar lo vivido, yo lo soy de hacerlo en el presente y apartarme de lo que supuestamente debería estar viviendo.

—Es útil, ¿no?

En casa, sí. En casa, con mi madre, desde que la situación ha cambiado a peor, todo lo que me permite evadirme es siempre muy útil.

—Entonces, ¿no le has dado el móvil? ¿Ni siquiera el Facebook? ¿O el Twitter?

Le explico que no pretendo volver a verte, que ha sido sólo un encuentro para pasar el rato, que si no hubiera tomado ese vaso de vete a saber qué, jamás me habría enrollado contigo. Me escucho contándole a Marina lo que sé que necesita oír mientras, en mi cabeza, se cruzan mis palabras sobre ti con mis imágenes contigo. Y entonces, gracias al cutresuperpoder que me aleja de todos y me lleva a otros lugares donde a veces no sé si quiero estar, vuelvo a sentir el roce de tus manos sobre mi cintura, la rotundidad de tus labios en los míos, la intensidad de tu mirada sobre mi cuerpo. Pero eso no se lo digo a ella. Ni te lo digo a ti. Eso lo pienso ahora, aquí, en la soledad de este dormitorio donde puedo ser tan rara —¿por qué todo el mundo intenta definirme con un sólo adjetivo?— como me apetezca, donde puedo recordar ese último beso que, ya lo sé, no significó nada, pero que me ha hecho olvidar que hoy, hace exactamente un año, cambió todo.

Y sólo por eso, por haberme ayudado a construir un nuevo recuerdo para este maldito 3 de septiembre, ese instante contigo ya mereció la pena.